

1 de marzo de 2019

ADORACIÓN

MONICIÓN ENTRADA:

Queridos hermanos y hermanas, seamos todos bienvenidos.

Nos reunimos en el marco de la III Asamblea Internacional de la Familia ACI aquí en Pedro Abad. Como lo hemos hecho otras veces, de nuevo aquí, en el lugar venerado donde quiso Dios derramar santidad en una pequeña niña que por su voluntad sería grande y universal. Volvemos a sus inicios sencillos, y volvemos con mirada dulce y entrañable para intentar una vez más imitar su humildad y su generosidad. Lo hacemos como a ella le gustaba, junto a Él, hecho pan en la Eucaristía. Iluminándonos con su presencia real y vivificante, mirándonos al fondo de nuestro corazón.

Aquí nos tienes Señor, a la Familia ACI, la Familia que unió el ejemplo y la vida de santidad de aquella niña de Pedro Abad que te dijo sí de corazón y te sirvió sin dubitaciones y con la mayor de las entregas. Unidos como los dedos de la mano y atentos a tus palabras de vida eterna. Venimos de muchos lugares distintos y de distintas realidades, sin embargo, nos sentimos unidos de corazón en tu Presencia. Volvemos a los inicios, al hogar desde donde salió hacia la aventura del evangelio. Santa Rafaela María tuvo el valor de salir y no encerrarse, el valor de romper con las comodidades y la seguridad del hogar, el valor de seguir a Cristo allá donde Él quisiera ser servido. Por eso nosotros queremos ser Familia en salida, abiertos a las necesidades de un mundo roto por el pecado, para reparar, servir y amar.

"Dios en el centro, Cristo en el centro, la Eucaristía en el centro". Llena en este rato de oración nuestros corazones con el torrente sin fin de tu amor misericordioso y ábrenos los oídos para escuchar tu Palabra dentro de nuestro corazón y como Rafaela María, estar dispuestos a decir sí a tu voluntad.

REFLEXIÓN:

Adorar es sentir que **"Dios es muy grande y nosotros muy pequeños, pero inmensamente amados por Él"**. Es sentir el gozo de estar en las manos de un **"Dios inmenso, capaz de crear cosas nuevas y grandes que nos maravillan y han de movernos a corresponder con alegría"**.

Hoy vivimos en un mundo donde cada vez más impera el egoísmo consumista que arrastra al hombre a *"una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien."*

Entonces caemos en el riesgo de convertirnos en *"seres resentidos, quejosos, sin vida"*. Santa Rafaela María nos decía **"Esa tristeza del demonio, y origen de sequedad y oscuridad"**. Sin embargo, *ésta no es la opción de una vida digna y plena, ése no es el deseo de Dios para nosotros, ésa no es la vida en el Espíritu que brota del Corazón de Cristo resucitado. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría.*

La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer?

Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor.

¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Es entonces cuando no hay lugar para la tristeza, es cuando ante los problemas “**no se sufre porque lo que se ama no pesa**”.

“Hasta en las penas que de vez en cuando le vienen ha de estar alegre, por venirle de la bondadosa mano del que la ama más que a su vida, pues ya sabe que la perdió en su día para llevarla al cielo”. Detengámonos en este dulce consejo de Santa Rafaela María y reflexionemos de corazón ante Jesús sacramentado sobre su amor y frente nuestra tristeza.

SALMO:

*El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.*

*Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.*

*Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,*

*riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.*

*Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.*

*La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.*

PETICIONES: Libre, cada uno expone sus intenciones al Señor.

ORACIÓN SÁLMICA. PALABRAS DE SANTA RAFAELA MARÍA:

Quiero ser este año la alegría del Señor. ¿Y quién me pondré por modelo?, Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida. Yo, con la sonrisa en los labios, pues ¿dónde hay mayor alegría para quien ha sido escogido de Dios?

Recibiré con alegría todo lo que me contraría, pensando que se me ofrece una perla para adornar mi corona. No pierda la fe y la alegría; al contrario, que aumenten en usted cada día más, y abandone todas las contrariedades en Dios. Manifieste a Jesús de corazón que con todo está contento. Ámele mucho y dígaselo, que le agrada, y sea la alegría de la recreación como lo es ahora.

Dejarnos en sus manos, y sentir que tengo ganas de cantar, que soy por todos estilos la criatura de la dicha, ¡cuánto debo al Señor!

Estén contentos, que el Señor nos ama mucho, pero desea que seamos muy perfectos y le sirvamos con mucha alegría. Qué gozo y qué felicidad pensar que en esta vida, uno puede ser amado por Dios.

Tranquilidad, paz y alegría, y gran confianza en el que tanto nos quiere y tan poderoso es. Hacer de mi vida un continuo acto de amor. Amar siempre. Hacer que los que nos rodean pasen la vida feliz, ésta es la verdadera caridad.

Poner a Cristo Señor a la adoración de los pueblos. ¡Qué omnipotencia la de Dios! ¡Qué dicha tener un Dios tan grande! Y a ese Dios tan inmenso lo hemos de poseer en su lleno por toda la eternidad, y ahora lo poseemos en el Santísimo Sacramento y viene todos los días a nuestro corazón. Esto sí que es un mar sin fondo.